

LAS GUERRAS FRÍAS DEL CONO SUR: ARGENTINA, BRASIL, CHILE Y URUGUAY (1945-1952)

AS GUERRAS FRIAS DO CONE SUL: ARGENTINA, BRASIL, CHILE E URUGUAI (1945-1952)

SOUTHERN CONE COLD WARS: ARGENTINA, BRAZIL, CHILE AND URUGUAY (1945-1952)

Ernesto Bohoslavsky¹

Mariana Inés Iglesias Caramés²

Resumen: Este artículo muestra cómo ciertos medios periodísticos y partidos políticos liberal-progresistas (en el oficialismo o en la oposición) procesaron los eventos vinculados al final de la Segunda Guerra Mundial y al inicio de la Guerra Fría en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay. Se intenta dar cuenta de que esos actores se sirvieron de algunos elementos ideológicos transnacionales (como el antifascismo o el anticomunismo) para interpretar la realidad política local, para afianzar cierta auto-imagen nacional y para caracterizar a sus adversarios políticos. Esa diversidad de las representaciones con que los grupos liberales de los cuatro países describieron a sus rivales entre 1945 y 1952 obedece al accionar de, por lo menos, tres variables: a) la posición del gobierno y los principales actores políticos frente al conflicto bélico (neutralidad/participación; aliadofilia/pro-Eje); b) la naturaleza del régimen político vigente (democracia/dictadura); c) las tradiciones ideológicas presentes durante los años de la guerra y su poderío político y electoral.

Palabras-claves: Cono sur; Segunda Guerra Mundial; Guerra fría; Liberalismo; Anticomunismo

Resumo: Este artigo mostra como alguns jornais e partidos políticos liberal-progressistas (no governo ou na oposição) processaram os eventos vinculados ao final da segunda guerra mundial e o começo da guerra fria na Argentina, Brasil, Chile e Uruguai. Tenta-se sinalar que esses atores aproveitaram alguns elementos ideológicos transnacionais (como o antifascismo ou o anticomunismo) para interpretar a realidade política local, para consolidar certa autoimagem nacional e para descrever aos seus adversários políticos. A diversidade de representações do inimigo que tiveram os grupos liberais dos quatro países entre 1945 e 1952 foi gerada por, ao menos, três variáveis: a) a posição do governo e os principais atores políticos frente à guerra (neutralidade x participação; pro-A-

¹ Universidad Nacional de General Sarmiento, Buenos Aires, Argentina, E-mail: ebohos@gmail.com

² Universidad de la República, UDeLaR, Montevideo, Uruguay, E-mail: marianaigles@gmail.com

liados x pro-Eixo), b) a natureza do regime político vigente (democracia x ditadura); c) as tradições ideológicas presentes durante os anos do conflito bélico e seu poder político e eleitoral.

Palavras-chaves: Cone sul; Segunda guerra mundial; Guerra fria; Liberalismo; Anticomunismo

Abstract: This article shows how some liberal-progressive newspapers and political parties (inside or outside of the government) processed the end of WW2 and the beginning of the Cold War in Argentina, Brazil, Chile and Uruguay. It's intended to prove that these actors displayed some transnational ideological elements (such as anti-fascism or anti-communism) in order to interpret local politics, to strength a particular national self-image, and to describe political enemies. The many ways in that Liberal groups in the four countries represented their enemies between 1945 and 1952 were due to, at least, three variables: a) Official and opposition attitude towards the war (neutrality or intervention; pro-Allies or pro-Axis); b) the nature of prevailing political regime (democracy or dictatorship); c) ideological traditions and their political and electoral power during the WWII years.

Keywords: Southern Cone; World War II; Cold War; Liberalism; Anticomunism

Introducción

En abril de 1947 el matutino porteño *La Prensa*, de extracción liberal, ofreció a sus lectores una serie de comentarios editoriales sobre un informe producido por el Comité para la Defensa Política, con sede en Montevideo, referido al capítulo VII del Acta Final de los acuerdos de Chapultepec de 1945. El informe comentaba que, por fortuna,

La situación de las naciones del continente en lo que se atañe a los riesgos del régimen democrático común a todas ellas, no reviste actualmente las mismas características de los días en que las dictaduras totalitarias del 'eje' pretendían avasallar la libertad en el mundo entero.

Sin embargo, el hecho de que el Eje estuviese derrotado desde hacía dos años no significaba para el matutino que las democracias estuvieran a salvo. La amenaza no tomaba ya la forma del fascismo sino del nacionalismo, el que era visto como un camino que derivaba, finalmente, en el ahogamiento de los individuos por el Estado:

Nos referimos concretamente a la exaltación de los titulados 'nacionalismos', fomentada por lo común por un concepto de exclusivismo sino despectivo para los demás, por lo menos de primario

engreimiento, cuya consecuencia inmediata es la regimentación de los individuos, como elementos personales libres de una nación para hacer de ellas una masa uniforme al servicio del Estado. (LA PRENSA, 10/04/1947, p. 7)

Es evidente que *La Prensa* hacía una referencia poco velada al peronismo. Pero las preocupaciones que mostraba este medio porteño ilustran un clima ideológico compartido por diarios y grupos homólogos en la región sudamericana, que puede ser pensado como un puente entre el mundo dividido entre fascistas y antifascistas característico de los años treinta y cuarenta, y el que se conformó tras la guerra, dicotomizado entre comunistas y anticomunistas. Durante esos años se expandió el número de regímenes políticos democráticos en América del Sur, el liberalismo recuperó sus fueros como ideología y Estados Unidos se consolidó definitivamente como la potencia líder de occidente. El clima de ideas que se forjó a lo largo de esos años, y que continuó en la década de 1950, paulatinamente comenzó a incorporar la lógica política de la Guerra Fría y llevó a que los liberales y demócratas antifascistas sudamericanos expresaran en algunos casos una ferviente adhesión al anticomunismo, retomando dinámicas y procesos de exclusión ideológica que se habían asentado algunas décadas atrás.

En este artículo proponemos, por un lado, realizar un repaso de aquel proceso en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay durante el período que transcurrió entre mediados de los años cuarenta y principios de la década siguiente mostrando cómo ciertos medios periodísticos y partidos políticos liberal-progresistas (algunos de ellos en el oficialismo, otros en la oposición) procesaron los eventos vinculados al final de la Segunda Guerra Mundial y al inicio de la Guerra Fría. Por otro lado, quisiéramos dar cuenta de cómo distintos actores se sirvieron de algunos elementos ideológicos transnacionales (como el antifascismo o el anticomunismo) tanto para interpretar la realidad local como para afianzar cierta auto-imagen nacional y para caracterizar -o más bien demonizar- a sus adversarios políticos. En síntesis, buscamos dar cuenta de las particularidades locales que adquirió el desembarco de la lógica de enfrentamiento entre las superpotencias detectando los ideogemas transnacionales presentes en los distintos escenarios nacionales. Para ello, entendemos que la diversidad de las representaciones con que los grupos liberales de los cuatro países representaron a sus adversarios entre 1945 y 1952 obedece al accionar de, por lo menos, tres variables: a) la posición que habían asumido el gobierno y los principales actores políticos frente al conflicto bélico (neutralidad/participación; aliadofilia/pro-Eje); b) la naturaleza del régimen político vigente (democracia/gobierno de facto); c) las tradiciones ideológicas presentes durante los años de la guerra y su poderío político y electoral.

Los efectos de la segunda guerra mundial

Los impactos económicos y políticos de la Segunda Guerra Mundial y su desenlace a partir de 1945 fueron muy intensos en el Cono Sur. Entre los económicos hay que anotar la imposición definitiva de un nuevo orden en el que, por muchos años, Estados Unidos se convirtió en el principal actor, sea por su capacidad para absorber importaciones como por su enorme envergadura como potencia financiera e industrial. La reconstrucción europea, aunque extremadamente rápida, demoró varios años en completarse, y nunca consiguió reponer el anterior sistema de comercio multi-polar. La URSS no se convirtió tampoco en un socio comercial relevante para el Cono Sur en esos años, no solo porque sus esfuerzos económicos estaban concentrados en la recuperación de los desastres ocurridos en su vasto territorio entre 1941 y 1945, sino porque sus objetivos estratégicos apuntaban más a Europa Oriental que a América del Sur. Por otro lado, en el reparto de áreas de influencia, quedaba claro para los cuatro firmantes del Tratado de Yalta que ese punto del mundo quedaría bajo influencia de Estados Unidos en la posguerra. Todo ello incidió para que América del Sur permaneciera en buena medida más apremiada por la voluntad política de Washington.

En cuanto a los efectos geopolíticos del período de inmediata posguerra, sabemos que entonces se produjo un giro en el ordenamiento global pasando de un régimen multipolar a otro en el que dos superpotencias extra-europeas marcaron el ritmo del juego por casi medio siglo (BARBE, 1995). Está claro que en los cuatro países que aquí interesan, Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, la constitución de ese nuevo orden tuvo impactos disímiles, pero en todo caso hay algunos aspectos compartidos. Uno de ellos es que las ideologías abiertamente inspiradas en el fascismo, el integrismo católico u otras formas de derecha extrema, encontraron una recepción menos entusiasta entre las elites que la que habían recibido en la década de 1930 (MCGEE DEUTSCH, 1999). En cambio, la promoción del régimen democrático encontró nuevos adeptos entre actores ubicados a izquierda y derecha que, hasta ese momento, no habían mostrado esa inclinación, sea por convencimiento o por conveniencia. El imaginario y la identificación anti-fascista estuvo presente en buena parte del horizonte latinoamericano, a veces motorizado por los gobiernos (como en Chile y Uruguay), y a veces por actores políticos partidarios (los liberales chilenos y los brasileños, los socialistas argentinos, los comunistas por doquier después de 1941) o no partidarios (como Acción Argentina, creada en 1940). Estos actores desarrollaron una argumentación, según la cual la democracia constituía el régimen históricamente construido y aceptado para los países sudamericanos y los enemigos de ella eran 'fascistas'. Esa operación discursiva que resumía al fascismo en anti-democracia, permitía denunciar como seguidores del *Duce* a todos aquellos que promovían formas de gobierno que se alejaban, más o

menos, del ideal de democracia que profesaban.

Es evidente que seleccionar la crítica antidemocrática al fascismo entre todas las otras que se le hacían en su momento (como estadolatría, imperia-lismo, racismo, etc.), tenía una voluntad clara, como el deseo de denunciar afinidades entre los regímenes políticos locales y Berlín (tal como señalaban quienes estaban en la oposición en Argentina y Brasil), o la tendencia a identificar a los principales sectores de oposición como representantes locales del fascismo y, por ende, como potenciales amenazas totalitarias (Chile y Uruguay). En esa defensa de la democracia como el único régimen posible y deseable para Sudamérica, distintos actores políticos de estos cuatro países fueron creando, reproduciendo y difundiendo un conjunto de imágenes heterogéneas de lo que eran los actores anti-democráticos. Esas representaciones en algunos casos estaban atadas a la impugnación del personalismo, del nacionalismo, del populismo y/o del caudillismo de los políticos y partidos señalados como cripto-fascistas, comunistas o totalitarios o, las más de las veces, como una combinación de todos ellos.

Del final de una guerra caliente al inicio de una Guerra Fría

El golpe del 4 de junio de 1943 no aportaba mayores promesas para la democracia en Argentina, luego de una década de fraude y violencia política (HALPERÍN DONGHI, 2003). Una dictadura militar de acentuado carácter clerical-nacionalista impuso la enseñanza católica obligatoria en las escuelas, suprimió la vida partidaria y nombró como interventores provinciales a figuras de extrema derecha. Dentro del grupo castrense en el poder había sectores favorables al Eje, pero la mayoría de los militares postulaba la necesidad de mantener la política de neutralidad en la contienda bélica. Las razones detrás de esa postura tenían que ver con el deseo de no ser arrastrados por Washington en su política de seguridad hemisférica y de mantener lo más abiertas que se pudieran las puertas del comercio exterior y de importación de armamento (NEWTON, 1995) Sin embargo, esa neutralidad fue denunciada por los opositores locales como una señal de ambigüedad cuando no de coqueteo con el tercer *Reich*.

Los partidos políticos y los medios gráficos más importantes tendieron a asociar de una manera reiterada a la dictadura (y a uno de sus más destacados hombres, el coronel Perón) con el fascismo, tal como hizo desde 1945 en Brasil la União Democrática Nacional con Getúlio Vargas. Dada la prohibición de efectuar actividades político-partidarias, la movilización antifascista fue la plataforma que más usaron los opositores a la dictadura argentina. El antifascismo funcionó como un espacio de militancia, de formación y reproducción de identidades y de liderazgos políticos y sociales, así como un punto de encuentro multipartidario y a la vez a-partidario

(BISSO, 2005). Allí encontraron un campo común actores provenientes de distintas tradiciones políticas que sostenían la idea de que Argentina era un país eminentemente liberal, democrático y laico, en el cual no había lugar para totalitarismos ni ultramontanismos. Esa lectura del pasado nacional tendía a destacar las raíces republicanas y liberales del país, su compromiso afectivo e histórico con las democracias europeas y el carácter foráneo de los experimentos autoritarios. Esta particular forma de ver el pasado y la realidad nacional fue compartida por liberales, radicales, socialistas, comunistas y democrata-progresistas.

Tras la firma de la paz en Europa, se intensificó la presión opositora sobre la dictadura. De esta manera, cayó en desgracia el coronel Perón, quien fue detenido el 9 de octubre de 1945. Una rápida reacción de dirigentes sindicales permitió modificar el rumbo de la situación política, tras una importante movilización de obreros a la ciudad de Buenos Aires el día 17 de ese mes (TORRE, 1995). Perón pasó, en cuestión de días, de estar preso a encabezar la fórmula presidencial del recientemente formado Partido Laborista. Fue la fortaleza del movimiento obrero argentino la que permitió sostener las aspiraciones de Perón, a diferencia de la debilidad y heteronomía de su par brasileño, inhábil para defender con éxito el *queremismo*, el proyecto de continuidad en el poder del varguismo (FERREIRA, 2003). Como mostró John French (1998, 1989), este tipo de comparaciones transnacionales permiten explicar resultados radicalmente distintos a partir de procesos sociopolíticos similares: mientras que en un caso la clase obrera estaba organizada y era poderosa y consiguió orientar el proyecto populista hacia la satisfacción de muchos de sus intereses directos, en el otro, en Brasil, una débil organización tuvo menos capacidad para condicionar a los dirigentes varguistas y no ser manipulada (GROPPO, 2009).

La candidatura de Perón a las elecciones presidenciales de febrero de 1946 polarizó el campo político y social, e invitó a todas las fuerzas opositoras (prensa, partidos, asociaciones empresarias y civiles, etc.) a dejar de lado sus diferencias. Así nació Unión Democrática, un frente electoral que reunió a los principales partidos para enfrentar al candidato del régimen militar con una fórmula presidencial unificada. Contó con el apoyo explícito del embajador norteamericano y los periódicos más importantes del país, *La Nación* y *La Prensa*, que desarrollaron una tarea sistemática de desprestigio y desestimación de Perón, sus propuestas y sus seguidores. Abiertamente, *La Prensa* expuso la idea de que el peronismo iba a contramarcha de la historia y de la tradición (democrática) nacional. El día de las elecciones, 24 de febrero de 1946, *La Prensa* insistía con la idea de que la única manera de entender al peronismo era atendiendo al impacto de su 'propaganda engañosa' o a la 'falta de carácter' de sus seguidores (AJMECHT, 2008, p. 2). Para la gran prensa liberal, el modelo ideal de gobierno era una república de ciudadanos

calificados y de partidos políticos responsables y secularizados, respetuosos de la constitución, los derechos individuales y el libre juego de las fuerzas de mercado (NÁLLIM, 2010). Así, los partidos de principios se oponían al personalismo, al caudillismo y a la demagogia con que identificaban al peronismo. Éste carecía de institucionalidad, organización partidaria y principios: 'No se trata de partidos que han levantado una candidatura, sino de una candidatura que ha dado motivo para la formación de esos partidos' (LA PRENSA, 08/02/1946, p. 5). Según *La Prensa*, Argentina no se hizo sobre la base del accionar de los caudillos sino de los letrados (BOHOSLAVSKY, 2012). Como se verá, no eran muy distintas las afirmaciones de gobernantes batllistas para referirse al herrerismo, al que entendían exclusivamente como una expresión personalista que podía convertirse en la vía de entrada al país del totalitarismo fascista.

Al igual que en Argentina, Brasil vivió buena parte de la Segunda Guerra Mundial bajo un régimen autoritario. Invocando razones de seguridad nacional tras el descubrimiento de supuestos planes de sublevación comunista, Getúlio Vargas inició en 1937 el régimen de *Estado Novo*, en el cual quedaron abolidos los partidos políticos. El nombramiento de interventores en los Estados, el uso de la censura sobre la prensa gráfica (CAPELATO, 1998) y la persecución y encierro de opositores (TUCCI CARNEIRO, 2002) complementan el panorama político. La clausura de los canales políticos tradicionales y la imposición inconsulta de una Constitución inspirada en la 'Carta del Trabajo' y en el régimen de Pilsudski (LEVINE, 1998, p. 51) enemistaron a Vargas con sectores de élite de varios Estados que habían perdido parte de su capacidad para controlar las situaciones regionales, y en consecuencia, para influir en el ámbito nacional (D'ARAUJO, 1998; LEVINE, 1998; TRINDADE, 2001). Vargas tenía muchos vínculos con el tercer *Reich*, y hacía alarde de ser líder de un régimen que había dejado atrás a las decimonónicas doctrinas liberales y que había derrotado al comunismo. Mientras mantuvo esa postura, el Partido Comunista do Brasil (PCB) permaneció cerca de otras fuerzas políticas liberales y conservadoras, también aliadófilas y convencidas de que Vargas no era mucho más que el Mussolini de los trópicos.

La oferta norteamericana de armamentos y de créditos, y el hundimiento de barcos brasileños por parte de submarinos alemanes, forzaron a Vargas a dejar de lado la posición de neutralidad frente al conflicto bélico. En 1942 Brasil se realineó junto a los Aliados y envió la "Força Expedicionária Brasileira" (FEB) a combatir al sur de Italia. El brusco giro en política internacional descolocó a toda la oposición, que veía cómo el régimen pasó de entregarle a la Gestapo a Olga Benario, militante judeo-polaca de la III Internacional y esposa del secretario general del PCB, a considerarse el campeón de las democracias en la lucha contra el fascismo. La oposición liberal

no dejó de señalar dos cosas con respecto a la participación brasileña en la guerra. En primer lugar, que la solidaridad con los Aliados había sido desde 1939 su postura y no la del varguismo. En segundo lugar, que se evidenciaba una contradicción insalvable: Brasil estaba alineado en el exterior a favor de las democracias y contra el fascismo, pero en el interior no daba señales de tener la misma fe democrática. Como expresó la Asociación de periodistas en un comunicado en marzo de 1945, era ‘tiempo de acabar con el absurdo de ostentar una democracia sólo para uso exterior’ (DE MELO FRANCO, 1946, p. 184).

La ansiedad por mayores libertades, como las que se suponía que fue a defender la FEB, generó un clima de opinión frente al cual el *Estado Novo* podía argumentar muy poco. El fracaso de la ofensiva alemana en la Unión Soviética prometía el final de la guerra en Europa y alentaba a imaginar un abandono generalizado de los regímenes autoritarios. En 1944 y 1945 las impugnaciones a Vargas se multiplicaron. Provenían de disidentes de izquierda, empresarios, estudiantes universitarios y un número creciente de organizaciones de abogados, escritores, profesores y periodistas. Desde febrero de 1945 la prensa liberal, principalmente el enconado *O Estado de São Paulo* comenzó a atacar fuertemente la legislación *trabalhista*, asimilándola a las leyes laborales del fascismo (FERREIRA, 2003, p. 17).

Vargas, en sus discursos, señaló la necesidad de darle alguna transición al *Estado Novo* (DE AGUIAR COTRIM, 1999). Para descomprimir la presión tras la caída de Hitler y a la vez mostrar sus credenciales democráticas, el régimen amnistió a presos políticos, restableció relaciones diplomáticas con la URSS y facilitó la acción de la prensa y la creación de partidos políticos. La convocatoria a elecciones para el 2 de diciembre de 1945 fue el pistoletazo de partida para la creación de los tres principales partidos políticos que animaron la vida política brasileña hasta 1965, constituyendo por primera vez un sistema nacional de partidos: el Partido Social Democrático (PSD), el Partido Trabalhista Brasileiro (PTB) y la opositora União Democrática Nacional (UDN), segura de capitalizar electoralmente la victoria de los Aliados.

El PCB fue opositor al Estado Novo mientras éste mantuvo la neutralidad en la guerra. Muchos dirigentes y militantes del partido fueron perseguidos, torturados y encerrados, entre ellos su líder, Luis Carlos Prestes. Pero una vez que Vargas modificó esa línea, y decidió el envío de tropas contra el Eje, el PCB acompañó ese giro, dejando de lado la calificación de fascista con la que lo había caracterizado hasta entonces. Su nueva línea política sostenía que el país estaba involucrado en una guerra legítima y que debía primar, en consecuencia, el apoyo irrestricto a su gobierno hasta que terminara la conflagración. La dictadura estadonovista y el PCB establecieron una alianza tácita y táctica en 1945, en torno a la necesidad del llamado

a una nueva Asamblea Constituyente. Los acuerdos -imaginados, firmados o al menos en vías de negociación- entre Vargas y el comunismo brasileño a lo largo de 1945, implicaban reducir la represión sobre el PCB a cambio del apoyo a la reforma constitucional que habilitaría la presentación de Vargas como candidato. Este giro alejó al comunismo del resto de los partidos opositores, que vieron en esa abrupta modificación de la postura no sólo una defección del bando antifascista sino, sobre todo, un alineamiento con el dictador. Por ello el PCB quedó aislado del resto de las fuerzas anti-varguistas, unificadas en la UDN (DE ABREU y RAPOSO, 1987, p. 267; CAMARGO, MARIANI y LOPES TEIXEIRA, 1983, p. 122).

El 29 de octubre de 1945 Vargas fue depuesto por generales del Ejército que hasta entonces habían formado parte de su gabinete. Un mes más tarde se realizaron las anunciadas elecciones presidenciales: Eduardo Gomes de la UDN obtuvo 35% de los votos, insuficientes frente al 55% del varguista Eurico Dutra. En tercer lugar, con un sorprendente 10% de los votos, apareció el candidato presidencial del PCB, que consiguió que quince de sus candidatos a diputados fueran electos.

Lo ocurrido en Uruguay y Chile difiere sustancialmente de lo que sucedía en los dos países más grandes de Sudamérica en el final de la guerra. En primer lugar, porque luego de las experiencias dictatoriales desarrolladas a inicios de la década de 1930 (1927-1931 en Chile; 1933-1938 en Uruguay) ambos países vivieron bajo regímenes democráticos. En segundo lugar, porque el Poder Ejecutivo estaba detentado por fuerzas políticas de signo liberal-progresista. Tanto el batllismo en Uruguay como el Frente Popular en Chile motorizaban una imagen nacional según la cual la identidad del país era inescindible de la democracia multi-partidaria o bi-partidaria, por lo cual, su destino y su pertenencia en términos internacionales eran los del campo de 'las democracias', término que englobaba esencialmente a los Aliados (y entre ellos a la URSS, hasta 1945).

En Uruguay, tras descomponerse el conglomerado político con que herreristas y colorados no batllistas habían sostenido al régimen político conservador iniciado tras el golpe de Estado presidencial de 1933, los sectores liberales lograron reposicionarse en la escena política. Tanto batllistas como nacionalistas independientes iniciaron un proceso de reinserción institucional que terminó cuando los primeros se reincorporaron a la vida electoral alcanzando luego el control Partido Colorado y los segundos conformaron el Partido Nacional Independiente. Tras la reforma constitucional de 1942, ambos sectores retomaron su participación institucional y se hicieron del control de los organismos de gobierno, tanto ejecutivos como legislativos (FREGA, MARONNA y TROCHÓN, 1987; NAHUM, COCCHI, FREGA y TROCHÓN, 1989). Así, se inició en el Uruguay una nueva etapa de predominio liberal (CAETANO y RILLA, 2003; RAMA, 1987).

El proceso de re inserción de batllistas y nacionalistas independientes en el sistema político quedó indisolublemente ligado al alineamiento pro-norteamericano (presentado como solidaridad con las democracias y la lucha contra el fascismo) que los gobiernos uruguayos impulsaron desde los primeros años cuarenta. El desmoronamiento de la alianza conservadora potenció la idea de retorno a la democracia en el plano interno, lo que se articuló armónicamente con el declarado compromiso de defensa de la libertad y de la democracia en el plano externo. Muestra clara de ello fue la política internacional del Ministro de Relaciones Exteriores, Eduardo Rodríguez Larreta (1945-1947), afín a la intervención de fuerzas panamericanas frente a situaciones entendidas como amenazantes para los regímenes democráticos del continente. Ello redundó en notorios desencuentros con el gobierno argentino (ODDONE, 2004), lo que se exacerbó posteriormente tras los pronunciamientos favorables al fallido intento de derrocamiento del régimen peronista en 1951 por parte de voceros batllistas (ACCIÓN, 09/1951).

A lo largo de ese proceso, el paulatino ascenso del batllismo reactivó el imaginario liberal y republicano conformado en las primeras décadas del siglo XX y su correspondiente rechazo hacia los liderazgos políticos entendidos como personalistas y escasamente democráticos (D'ELÍA, 1982; ODDONE, 2004; PANIZZA, 1990; RAMA, 1987). Pese a la indiscutible presencia de fuertes liderazgos partidarios en tiendas propias, tanto batllistas como nacionalistas independientes entendían que quien encarnaba el modelo de líder personalista era Luis Alberto de Herrera, al que veían como un símil nacional de Perón. Así lo advertía *Acción* en 1951:

El herrerismo no podía perderse esta nueva oportunidad de mostrar el fondo de sus tendencias hacia el peronismo. Nosotros lo hemos advertido siempre, en todos los tiempos y en todas las circunstancias. De ahí que sostengamos invariablemente que nuestra ciudadanía debe permanecer siempre en guardia y en pie de lucha contra toda tendencia pro-fascista que exista en el país. (ACCIÓN, 04/10/1951, p. 3)

De este modo, los marcos ideológicos característicos de la Segunda Guerra Mundial continuaron operando fluidamente hasta entrada la década de 1950. La identificación del batllismo con la democracia se potenció, y ello se tradujo en una fuerte retórica anti-totalitaria que situó al herrerismo como eventual peligro. Es que durante esos años, debido a su fuerte peso electoral, el herrerismo fue la principal preocupación de los nuevos grupos gobernantes, y la idea de enemigo potencial fue dirigida con mayor frecuencia hacia ese sector que hacia el Partido Comunista. La asimilación del herrerismo al fascismo por parte de esos sectores liberales hizo posible que el declarado compromiso anti-totalitario se presentara como antifascismo o como anticomunismo según lo demandaran las coyunturas políticas internas.

En el caso chileno, en 1932 se inició una restauración democrática luego de la dictadura de Ibáñez y de la inestabilidad política que le siguió. El gobierno de Alessandri primero (1932-1938) y los del Frente Popular (1938-1946) después, mostraban que Chile era un país en el que había alternancia en el gobierno y en el que las Fuerzas Armadas tenían un rol absolutamente neutral en la política. Difícil imaginar más contraste con Argentina y Brasil por entonces. Durante la guerra, el Partido Comunista de Chile (PCCh) era parte de la coalición dominante, y sus diputados actuaban de común acuerdo con el Poder Ejecutivo -así lo hicieron hasta 1946- con la convicción de que promover la paz social implicaba asegurar la provisión de bienes estratégicos para los Aliados. La 'unión nacional' era el mito que permitía ocultar las numerosas diferencias entre los comunistas y los radicales, el partido de centro reformista, que dominaba al Frente Popular. La presencia del comunismo en la alianza gobernante actuaba a su vez como una forma de confirmar la simpatía con las fuerzas aliadas (tanto las euro-americanas como la soviética). La oposición, compuesta principalmente por liberales y conservadores, era también promotora de la causa de los Aliados. El ingreso de Estados Unidos en la guerra a finales 1941 incrementó la presión sobre los gobiernos latinoamericanos para que se incorporaran al conflicto. Sin embargo, el gobierno de Chile sólo rompió relaciones con los países del Eje en 1943 y en abril de 1945 le declaró la guerra a Japón (NOCERA, 2006).

Hacia 1944 y 1945, la defensa del neutralismo era leída como evidente señal de identificación con la causa del Eje, y sólo grupos muy marginales, como la Vanguardia Popular Socialista (el nuevo nombre del partido nazi chileno), parece haberse sostenido en esa postura (KLEIN, 2001). Ese grado de unanimidad política alcanzada por el compromiso con los Aliados (pese a lo tardío de la declaración de guerra al Eje) obligaba a buscar otros elementos identitarios que pudieran diferenciar a las fuerzas políticas: de allí el peso que tuvo, a partir de 1946, el anticomunismo en Chile. Ese año el PCCh participó del frente electoral que impuso a Gabriel González Videla como primer mandatario, lo cual permitió constituir el primer gabinete con ministros comunistas en la historia de Sudamérica.

Llegada y adaptación de la Guerra Fría

Las preocupaciones estadounidenses por la expansión de la URSS en el Mediterráneo oriental ocuparon buena parte de 1946 y 1947. El éxito de las guerrillas comunistas en Grecia y Turquía y la voluntad británica de abandonar aquellas tierras a su suerte, apuró la intervención de Washington como garante de la 'pax americana'. Fue en ese contexto que el anticomunismo alcanzó nuevas olas de intensidad en la América del Sur. Sin embargo, lejos de ser homogéneos, los tratamientos nacionales de la Guerra Fría

variaron mucho. Esa notable diversidad era menos tributaria de la actividad real de los comunistas en cada uno de los cuatro países que de la manera en la que se habían producido los alineamientos políticos sobre el final de la Segunda Guerra.

En el caso argentino, la inclusión del Partido Comunista en la Unión Democrática fue festejada por la prensa liberal, que insistía en considerar a ese partido tan respetuoso de la democracia y de las tradiciones nacionales como los demás miembros del frente electoral. De los *meetings* realizados por el Partido Comunista se señalaba su carácter patriótico y pacífico, y que la policía los reprimía sólo con el fin de incrementar las chances electorales del ‘candidato nazi’. El sostenimiento de la línea de neutralidad de la dictadura frente a la guerra hasta 1945 inhabilitó cualquier posible acercamiento entre el régimen y el Partido Comunista, al cual, por otro lado, la política sindical desarrollada por la Secretaría de Trabajo y Previsión perjudicaba mucho más directamente que su retórica anticomunista. La acción del coronel Perón y de la Secretaría amenazaba a los dirigentes y a las organizaciones sindicales del comunismo, por lo que parecía establecerse entre ambas fuerzas -comunistas y peronistas- un espacio de abierta competencia y no de colaboración, como en el caso de varguistas y comunistas. El anticomunismo de la alianza fraguada entre el Partido Laborista, disidentes de la Unión Cívica Radical, sectores de las Fuerzas Armadas y la Iglesia, y orientada por el coronel Perón, les alienaba a los comunistas el espacio que Vargas y su discurso a favor de la reforma social les venía dando desde inicios de 1945, movido por la necesidad de mostrar un perfil más “democrático” frente al gobierno de los Estados Unidos.

Tanto en Brasil como en Chile hacia 1947 y 1948 se constituyeron fuertes corrientes de opinión en la prensa y en los partidos tendientes a repudiar la presencia (real o imaginada) de los comunistas (VALDIVIA ORTIZ DE ZARATE, 1995, p. 11). En los dos países se aprobaron leyes para dejar fuera de la vida política al comunismo, por entenderlo ajeno a las reglas democráticas y a las tradiciones cívicas nacionales. Esa proscripción generó fuertes debates al interior de las bancadas de la UDN en Brasil y del Partido Conservador en Chile, dado que algunos parlamentarios se oponían a esa decisión.

Es importante atender al hecho de que este conjunto de expresiones anticomunistas en algunos casos se adelantaron a la escalada de enfrentamientos entre las superpotencias, lo cual remite a causas más nacionales que globales. Las disposiciones persecutorias contra el PCB se iniciaron antes de que Truman hiciera explícita la noción de que Washington y Moscú tenían divergencias insalvables: incluso la embajada norteamericana consideró ‘precipitada’ la decisión de Brasil de romper relaciones con la Unión Soviética en octubre de 1947 (PATTO SÁ MOTTA, 2002). En ambos países millo-

nes de trabajadores aspiraban a que muchos de los sacrificios que le fueron exigidos por el gobierno nacional, y por el Partido Comunista en nombre del esfuerzo de guerra, se trocaran por beneficios materiales concretos y legislación laboral más protectora. Por ello el final de la 'unión nacional' y la reducción de la represión policial (intensa en el *Estado Novo*) generaron un recrudecimiento de los conflictos sociales y estimularon muchos miedos anticomunistas entre empresarios y partidos de derecha en Brasil y Chile. Los sacrificios realizados por los trabajadores como compromiso con el triunfo de los Aliados venían unidos de una retórica que ubicaba en la posguerra la concreción de anheladas reformas sociales y la mejora de las condiciones de vida de mineros, campesinos y trabajadores industriales. El problema se suscitó cuando el tiempo de la posguerra se hizo presente y estallaron las demandas sociales contenidas: en el caso de Chile, ello generó la rápida disolución del frente político y social anti-fascista (HENEEUS, 2009).

En Chile, la agitación sindical minera e industrial se había incrementado notoriamente sobre el final de la guerra y en la inmediata posguerra, entre otras cosas por el renacido enfrentamiento entre socialistas y comunistas: en 1944 en 60 huelgas intervinieron 26.000 obreros, mientras que en 1945 unas 512 huelgas convocaron a 80.000 participantes (CORREA SUTIL, 2005, p. 113). El presidente González Videla creyó que incluyendo al PCCh en su gabinete aminoraría o neutralizaría esa conflictividad (BRAVO RÍOS, 1955, p. 186). Sin embargo, la presencia de altos funcionarios y ministros comunistas generó tensiones sociales y políticas y terminó haciendo más incoherente el desarrollo de una política de paz social. El PCCh simultáneamente participaba del gabinete y alentaba una conflictividad sindical, que había estado contenida en los años anteriores como gesto de colaboración con el esfuerzo aliado. Los ministros comunistas duraron sólo cinco meses en el gabinete. Las razones de su salida fueron de distinta naturaleza. Por un lado, por el temor del Partido Radical (el del presidente) ante el crecimiento electoral del comunismo, que iba absorbiendo una parte del electorado que tradicionalmente lo apoyaba (en 1946 el PCCh tenía más del 10% de los votos, que le habían permitido obtener 15 diputados y 3 senadores). Por otra parte, por el rechazo de los latifundistas a la promoción de la sindicalización rural que llevaba adelante el PCCh. Finalmente por las presiones de Estados Unidos para que González Videla se deshiciera de esos ministros a cambio de seguir recibiendo ayuda financiera (HALPERIN, 1965, p. 53).

González Videla ilegalizó al PCCh en 1948, utilizando como excusa una huelga de mineros (ANGELL, 1997, p. 97; RÍOS, 1995, p. 189). La ley de 'Defensa Permanente de la Democracia' contó con la aprobación de los conservadores, los liberales, el Partido Agrario Laborista, algunos socialistas y la mayor parte del gobernante Partido Radical. En su contra se alinearon el PCCh, la Falange Nacional (que en 1957 pasó a ser el Partido

Demócrata Cristiano), algunos socialistas y radicales. La ley canceló el registro partidario del PCCh, permitió el encarcelamiento de sus dirigentes y borró del padrón electoral a sus afiliados y a los que estaban sospechados de serlo. La ley se mantuvo en vigencia por diez años, y tanto González Videla como la posterior presidencia de Ibáñez, se sirvieron de ella para deshacerse de conflictos sindicales en los cuales denunciaban la presencia del comunismo (BOHOSLAVSKY, 2011; HUNEEUS, 2009).

Si bien el miedo a la expansión del comunismo en Brasil era desmedido, reflejaba la convicción de líderes liberales, de sindicalistas varguistas y de empresarios de que el electorado se estaba orientando hacia la izquierda y de que los choques sociales iban a aumentar. El clima reivindicativo y huelguista de los trabajadores se profundizó a mediados de 1945. Las razones había que buscarlas en la crisis económica de posguerra, la ampliación de libertad de prensa, la amnistía a elementos ‘peligrosos’ y la multiplicación de la movilización de los trabajadores y militantes en ámbitos urbanos (COTRIM, 1999, p. 94). Efectivamente, la apertura del régimen implicó también la legalización del PCB, que aprovechó la tolerancia policial y la amnistía de muchos de sus dirigentes para lanzarse a la conquista de las calles.

El éxito electoral del PCB asustó a dirigentes y bases de la UDN y los incentivó a aceptar lineamientos y razonamientos políticos reaccionarios y muy influidos por la lógica de la Guerra Fría a partir de 1946. Asimismo, disuadió a muchos militares durante el gobierno de Eurico Dutra (1946-1950) de la idea de quitarle derechos políticos a Vargas: una maniobra así, especulaban, habría conducido a millones de trabajadores *getulistas* a las manos de un enemigo aun más temido, como era el comunismo (FRENCH, 1994, p. 160). El presidente Dutra se enfrentó con vehemencia a la expansión de la conflictividad sindical y prohibió el derecho de huelga antes de que entrara en vigencia la nueva constitución. El Ministerio de Trabajo intervino varios sindicatos y cerró la recientemente creada Confederação Geral dos Trabalhadores do Brasil. El 7 de mayo de 1947 la justicia federal suspendió el registro legal del PCB. En enero de 1948 cesó el mandato de todos los representantes comunistas. El debate parlamentario que permitió la ‘cassação dos deputados do PC’ fue muy arduo y escandaloso (ABREU y RAPOSO, 1987). Diputados oficialistas y de la opositora UDN asumieron el discurso anticomunista y justificaron la vulneración de las garantías individuales en la medida, en la que se consideraba que estaban amenazados el orden social y la civilización brasileña.

Pero también hubo diputados y afiliados de la UDN que se opusieron a la medida, amparados en su ideario liberal-republicano, por entender que se vulneraban derechos básicos. Como expresaba en 1947 uno de los dirigentes que estuvo en la UDN desde sus comienzos, la ley conllevaba el intento de un grupo dictatorial (los herederos de Vargas) de proscribir a otro grupo dictatorial (el comunismo):

Não é possível que a liberdade que reconquistamos, depois de uma longa guerra batalhada em sua defesa, seja novamente sacrificada pelos remanescentes da ditadura, na sua luta contra ditatorialistas de outro gênero (DE MELO FRANCO 1947)

El lugar que el Partido Comunista ocupó en el sistema político uruguayo, a diferencia de Chile, fue marginal. Si bien este partido se adaptó al encuadre del régimen político vigente tanto por aceptar explícitamente las reglas del juego democrático para acceder a cargos de gobierno como por su respeto a las instituciones vigentes, en ningún momento fue convocado a conformar alianzas con nacionalistas o colorados. Ningún partido de izquierda fue incluido en los diversos reagrupamientos inter-partidarios que los principales actores políticos conformaron en el período, lo cual confirmó y fortaleció el carácter bipartidista del sistema político uruguayo y el control que colorados y nacionalistas mantuvieron sobre él. De tal modo, tanto comunistas como socialistas, se limitaron a ocupar posiciones parlamentarias según lo indicara la proporcionalidad que emergía de las elecciones nacionales. Ambos, en conjunto, no lograron sobrepasar el 10% del electorado ni mantener porcentajes de votación cercanos a tal cifra en las distintas elecciones del período (FREGA, MARONNA y TROCHÓN, 1987).

La tolerancia al Partido Comunista, que se mantuvo en la legalidad durante todo el período, fue acompañada de reiterados pronunciamientos anticomunistas, de diversa intensidad y contenido. Los sectores liberales, tanto el nacionalismo independiente como el batllismo nucleado en torno a los Batlle Pacheco, adoptaron un explícito alineamiento pro-norteamericano e insistieron reiteradamente en los peligros que engendraba el comunismo, señalando permanentemente lo que entendían como vías posibles de infiltración. Ello puede verse claramente en las páginas del vocero del nacionalismo independiente, *El País*, en el que se explicitó tempranamente el temor frente a la supuesta presencia de comunistas en la educación:

Hemos dicho y repetido en numerosas oportunidades, que la existencia dentro de los cuadros docentes de profesores o maestros comunistas constituye un serio peligro [...] En nuestro concepto, no pueden ejercer la docencia, quienes por imposición de su propio ideario están obligados a realizar en cualquier actividad que ejerzan, la propaganda de los principios que informan su doctrina (EL PAÍS, 07/04/1949, p. 5).

Por su parte, el batllismo organizado en torno a Luis Batlle Berres, pese a su rechazo al comunismo, asumió una postura más conciliatoria. Confía en que su proyecto sociopolítico eliminaría de raíz las condiciones que pudieran abonar el terreno para que tal ideología tomara arraigo en el país.

Estas disímiles formas de posicionarse frente al comunismo quedaron en evidencia frente al atentado comunista al céntrico cine Trocadero en 1948, cuyo fin era impedir la proyección de la película antisoviética *La cortina de hierro*. Y a pesar de que el acontecimiento desató una discusión política pública en la que quedaron en evidencia diversas voces anticomunistas y los servicios de inteligencia policial actuaron mediante lógicas signadas por la lucha contra el comunismo, el gobierno no aprovechó la coyuntura para promover la ilegalización del partido ni para arremeter contra el principal líder del Partido Comunista Uruguayo, Rodney Arismendi, quien ocupaba una banca en la Cámara de Representantes (APARICIO y GARCÍA FERREIRA, 2010, pp. 27-49). Este anticomunismo, que podríamos llamar de baja intensidad, estuvo acompañado durante esos años por la identificación del comunismo como un peligro que, si bien debía combatirse, era más potencial que real. La mayoría de los sectores liberales parecieron entenderlo como un problema que afectaba principalmente al mundo europeo y, como consecuencia de los avatares del comunismo en varios países de la Europa occidental, tenían la esperanza de que dicha ideología se encontrara en decadencia. No obstante, esa creencia comenzó a sufrir transformaciones vertiginosas tras la declaración socialista de la Revolución Cubana y el crecimiento de la conflictividad social a lo largo de la década de 1960.

Conclusiones y comparaciones: usos del anticomunismo y de las auto-imágenes nacionales

La asimilación de Getúlio Vargas con Hitler y la de Perón con Mussolini (y la de Vargas con Perón) se convirtieron en ejercicios recurrentes y sostenidos en el tiempo con particular y notoria intensidad e insistencia en la gran prensa en Argentina y Brasil en 1945. Si en esta caracterización el ‘países pobres’ y el ‘Primer Trabajador’ eran antidemocráticos, la auto-imagen de sus opositores era la de demócratas que habían luchado contra el fascismo desde sus inicios. Allí hay que buscar entonces las claves para entender el rápido paso que se da tras el final de la guerra, de la retórica anti-fascista a la anti-populista en Brasil y Argentina, así como algunas de las dificultades halladas para que esa oposición liberal asumiera completamente la lógica anticomunista que Washington difundió desde 1947.

La caracterización que los medios argentinos ofrecían del comunismo no varió demasiado a lo largo del período 1945-1947. El PCA siguió siendo considerado como un partido democrático más. El deseo de mantener unido el frente antiperonista -frente bastante maltrecho por la rápida disolución de la Unión Democrática y porque sólo los radicales consiguieron representación parlamentaria nacional- primaba por sobre las posibles influencias que ejerciera la presión anticomunista proveniente de Washington. En el mismo

período en el que el PCB era excluido del juego político en Brasil por considerárselo representante de un país y de una doctrina de tipo totalitario, la derecha liberal expresada por *La Prensa* seguía caracterizando al PCA un partido democrático y respetuoso de las tradiciones políticas nacionales. Es que, a diferencia de sus pares chilenos y brasileños, el comunismo argentino carecía de tradiciones y experiencias insurreccionales. Esa debilidad de vinculaciones con los alzamientos violentos -y con miembros de las Fuerzas armadas- facilitó la incorporación del PCA al frente electoral multipartidario de la Unión Democrática al presentarlo como un partido más, participante de una supuesta tradición republicana, antifascista, pacífica, laica y democrática argentina, que muchos hacían nacer ya en Mayo de 1810 (BISSO, 2005).

Si bien en Argentina y Brasil la oposición a las dictaduras en la década de 1940 estaba constituida por frentes electorales multipartidarios, apoyado por asociaciones civiles y empresas periodísticas, sus derroteros reconocen varias diferencias. La coalición argentina, al contrario de la UDN, parecía más una combinación de partidos tradicionales decididos a restaurar las perdidas tradiciones cívicas argentinas que un nuevo actor político (SIDICARO, 1993, p. 188). En Brasil los partidos que compitieron por la presidencia en 1945 eran nuevos: tanto el PTB y el PSD como la UDN nacieron ese año, aunque estaban compuestos por figuras, periódicos, asociaciones y partidos que acreditaban experiencia en la política regional y nacional (CAPELLO DE SOUZA, 1990). Sólo el PCB podía jactarse de cierta profundidad cronológica, que debía matizarse por lo reiterado y extendido de los períodos en los que estuvo ilegalizado desde su creación. A diferencia de la UDN, el frente multipartidario argentino se deshizo apenas sufrir la derrota electoral en febrero de 1946. Tras la elección, el sistema de partidos volvió a quedar basado en los mismos actores de las últimas dos o tres décadas (radicales, socialistas, comunistas, conservadores), a los que se les sumó otro tan nuevo como exitoso en términos electorales y de transformación política: el peronismo.

El Partido Comunista argentino obtuvo 41.864 sufragios para sus candidatos a la Cámara baja en 1946: en términos porcentuales, era menos del 1,5% de los votos emitidos. Como señaló French (1989, p. 123), a pesar de que el PC argentino era más fuerte que el PCB, sufrió una derrota humillante a manos de un candidato populista masivamente votado por la clase obrera, mientras era parte de un frente electoral con 'partidos patronales'. Así, mientras que la Unión Democrática no dejaba de lamentar que uno de sus miembros obtuviera tan paupérrimo resultado electoral, la UDN observaba que el PCB, ajeno a ese frente electoral, lograba más de medio millón de votos para la presidencia. Los liberales chilenos también debían ver en 1946 que una décima parte de los sufragios emitidos fueron con destino a

los comunistas. De hecho, los resultados electorales de 1945 y 1946 marcaron algunos de los caminos que siguieron de allí en adelante las derechas en Argentina, Brasil y Chile: en la primera fue mayor y más permanente el encono anti-populista, mientras que en el segundo parece haber tenido un peso más relevante el anticomunismo desde allí en adelante, y en el tercero el anticomunismo fue casi excluyente. En Uruguay, como ya se expuso, el hererismo concentraba la preocupación por parte de batllistas y nacionalistas independientes en el gobierno.

Un elemento que tuvo influencia central en los modos en que los gobernantes de Uruguay y de Chile se identificaron con la defensa de lo que entendían como mundo libre y democrático fue el devenir político de los países vecinos. En efecto, Argentina y Brasil vieron alterados sus sistemas democráticos por golpes de estado sucedidos por regímenes autoritarios y sustentados en fuertes liderazgos personales, como fue el caso del surgimiento del peronismo en Argentina o la experiencia del *Estado Novo* entre 1937 y 1945. En el caso de Uruguay, tales hechos fueron destacados sistemáticamente por los principales sectores liberales, tanto batllistas como nacionalistas independientes, para ponderar las características del devenir político e institucional nacional. Con ello lograban presentar a la democracia uruguaya como una excepción en el marco continental. Y lo propio hicieron los chilenos, para demostrar que su vida política corría pura y exclusivamente a través de lo que se daban en llamar ‘tiendas políticas’. Y, con ello buscaban posicionarse no sólo como los responsables de tales particularidades (entendidas como valiosas en sí mismas) sino, y, por sobre todo, como sus garantes últimos. La identidad nacional era inseparable de la existencia de partidos, sobre todo de aquellos que podían acreditar una larga vida en el país: blancos y colorados en Uruguay, liberales y conservadores en Chile, todos ellos convencidos de que la historia de sus partidos no sólo era indisoluble de la vida nacional sino tan longeva con ésta.

Confiamos en que este artículo haya podido mostrar que el recurso a esquemas ideológicos transnacionales antifascistas o anticomunistas varió en cada uno de los países aquí analizados según los alineamientos políticos internos y los signos ideológicos que evidenciaban los regímenes dictatoriales. Mientras éstos se alinearon con corrientes nacionalistas, los liberales (en el gobierno o en la oposición) tendieron a identificarlos con el fascismo. Conforme éstos fueron sustituidos o derrotados, el comunismo y el ‘personalismo’ comenzaron a constituirse en el principal enemigo de los liberales hasta la Revolución Cubana. Para ese entonces, los liberales no sólo adoptaron un tono netamente anticomunista sino que aceptaron tejer alianzas con sus otrora rivales ‘personalistas’ y ‘nacionalistas’.

Referências

AJMECHET, Sabrina. El diario La Prensa el 24 de febrero de 1946. El día que Perón ganó en las urnas. **Ponencia presentada en V Jornadas de Sociología de la UNLP**. La Plata: 10 al 12 de diciembre, 2008.

ALVEZ DE ABREU, Alzira y RAPOSO, Eduardo (entrevistadores). **Juracy Magalhaes I, II e III**. Río de Janeiro: CPDOC-Fundação Getúlio Vargas, 1987.

ANGELL, Alan. La izquierda en América Latina desde c. 1920. In: BETHELL, L (Ed.) **Historia de América Latina**, Vol. XII. Barcelona: Crítica-Grijalbo, 1997.

BARBE, Esther. **Relaciones internacionales**. Madrid: Ariel, 1995.

BISSO, Andrés. **Acción Argentina: un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial**. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2005.

BOHOSLAVSKY, Ernesto. Entre el antipopulismo y el anticomunismo. Las derechas en Argentina, Brasil y Chile (1945-1959). In: MALLIMACI, F. (Ed.) **Nacionalistas y nacionalismos en el siglo XX: una aproximación entre América Latina y Europa**. Buenos Aires: Editorial Gorla, 2011.

BOHOSLAVSKY, Ernesto. La extraviada senda. El liberalismo ante el nacimiento de la república populista (Argentina y Brasil, 1943-1946). In: SILVA, C. L., GRASSI CALIL, G. y KOLING, P. J. (Eds.) **Estado e Poder**. Cascavel: Editora da Unioeste, 2012.

CAETANO, Gerardo y RILLA, José. Los partidos políticos uruguayos en el siglo XX. In: NAHUM, B (Ed.) **El Uruguay del siglo XX**. La política. Montevideo: EBO, 2003.

CAMARGO, Aspásia; MARIANI, Maria Clara y LOPES TEXEIRA, Maria Tereza. **O intelectual e o político: encontros com Afonso Arinos de Melo Franco**. Brasília: Senado Federal: CPDOC/FGV: Editora Dom Quixote, 1983.

CAMPELLO DE SOUZA, Maria do Carmo. **Estado e partidos políticos no Brasil (1930 a 1964)**. São Paulo: Editora Alfa-Omega, 1990.

CORREA SUTIL, Sofía. **Con las riendas del poder: la derecha chilena en el siglo XX**. Santiago: Editorial Sudamericana, 2005.

D'ARAUJO, Maria Celina. **La era de Vargas**. México: FCE, 1998.

DE AGUIAR COTRIM, Livia Cristina. **O ideário de Getúlio no Estado Novo**. Tesis de maestría. Campinas: Universidade Estadual de Campinas, 1999.

DE MELO FRANCO, Virgilio. **A campanha da U.D.N. (1944-1945)**. Rio de Janeiro: Livraria Editora Zelio Valverde, 1946.

DE MELO FRANCO, Virgilio. Entrevista concedida ao “O Globo” a propósito do fechamento do Partido Comunista. Incluída en la Carpeta VMF, pi Franco, V. A. M. 1947.05.00, **Archivo CPDOC** de la Fundação Getúlio Vargas, , Rio de Janeiro.

FERREIRA, Jorge Luiz. A democratização de 1945 e o movimento quemista. In: FERREIRA, J. L. y DE ALMEIDA NVES DELGADO, L. (Eds.) **O Brasil republicano**, Vol. 3. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2003.

FRENCH, John D. Workers and the Rise of Adhemarista Populism in São Paulo, Brazil 1945-47. **The Hispanic American Historical Review**, V 68, No.1, 1988.

FRENCH, John D. Industrial Workers and the Birth of the Populist Republic in Brazil, 1945-1946. **Latin American Perspectives**. Vol. 16, No. 4, 1989.

FRENCH, John D. The Populist Gamble of Getúlio Vargas in 1945. Political and Ideological Transitions in Brazil. In: ROCK, D. (Ed.) **Latin America in the 1940s: War and Postwar Transitions**. Berkeley: University of California Press, 1994.

GROPPO, Alejandro. **Los dos príncipes**. Juan D. Perón y Getúlio Vargas. Un estudio comparado del populismo latinoamericano. Villa María: Eduvim, 2009.

HUNEEUS, Carlos. **La guerra fría chilena**. Gabriel González Videla y la ley maldita. Santiago: Debate, 2009.

KLEIN, Marcus. The New Voices of Chilean Fascism and the Popular Front, 1938-1942. **Journal of Latin American Studies**, 33, 2001.

LEVINE, Robert M. **Father of the poor?** Vargas and his era. Cambridge: Cambridge University Press, 1998.

MCGEE DEUTSCH, Sandra. **Las Derechas: The Extreme Right in Argentina, Brazil, and Chile, 1890-1939**. Stanford: Stanford University Press, 1999.

NAHUM, Benjamín; COCCHI, Ángel; FREGA, Anay TROCHÓN, Yvette. **Crisis política y recuperación económica. 1930-1958**. Montevideo: EBO, 1989.

NÁLLIM, Jorge. An Unbroken Loyalty in Turbulent Times: La Prensa and Liberalism in Argentina, 1930-1946. **Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe**, 20-2, 2010.

NEWTON, Roland. **El cuarto lado del triángulo**. La “amenaza nazi” en la Argentina (1931-1947). Buenos Aires: Sudamericana, 1995.

NOCERA, Raffaele. **Chile y la guerra, 1933-1943**. Santiago: Lom Ediciones, 2006.

ODDONE, Juan. **Vecinos en discordia**. Argentina, Uruguay y la política hemisférica de los Estados Unidos. Selección de documentos. 1945-1955. Montevideo: El Galeón, 2004.

PANIZZA, Francisco. **Uruguay, batllismo y después**. Pacheco, militares y tupamaros en la crisis del Uruguay batllista. Montevideo: EBO, 1990.

PATTO SÁ MOTTA, Rodrigo. **Em guarda contra o perigo vermelho**. O anticomunismo no Brasil, 1917-1964. São Paulo: Editora Perspectiva-FAPESP, 2002.

RAMA, Germán. **La democracia en Uruguay**. Una perspectiva de interpretación. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1987.

SIDICARO, Ricardo. **La política mirada desde arriba**: las ideas del diario La Nación, 1909-1989. Buenos Aires: Sudamericana, 1993.

TORRE, Juan Carlos. **El 17 de octubre de 1945**. Buenos Aires: Ariel, 1995.

TUCCI CARNEIRO, Maria Luiza. **Livros proibidos, idéias malditas**: o DEOPS e as minorias silenciadas. Sao Paulo: FAPESP- Ateliê Editorial, 2002.

TRINDADE, Héglio. Fascism and authoritarianism in Brazil under Vargas (1930-1945). In: UGELVIK LARSEN, S. (Ed.) **Fascism outside Europe**: the European impulse against domestic conditions in the diffusion of global fascism. Boulder, New York: Columbia University Press, 2001.

VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE, Verónica. **El nacionalismo chileno en los años del Frente Popular (1938-1952)**. Santiago: Universidad Católica Blas Cañas, 1995.